



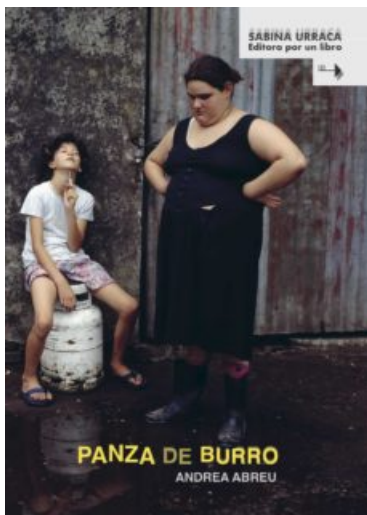
## Cuatro lecturas de *Panza de burro*

**Andrea Abreu**

**Edición de Sabina Urraca**

**Sevilla, Barrett Editores, 2020**

**176 pp. ISBN: 9788412135336**



### *Nota de la editora*

Dentro de la asignatura Historia del Libro y la Lectura en España, que imparto en el Grado de Filología Hispánica de la Universidad de Cádiz, propuse a los estudiantes como ejercicio final la elaboración de una reseña de *Panza de burro*, de Andrea Abreu. Pensé que era una manera de iniciarlos en un ejercicio académico sin tanta desventaja, dado que se trata de la primera novela de una escritora tan joven como ellos mismos y aparecida como quien dice ayer. Como incentivo ofrecí publicar en esta revista la reseña que me resultase más digna, si se diera el caso. El resultado fue excelente: Andrea Abreu consiguió inspirar la emoción y la sorpresa que hacen de la lectura una experiencia insustituible. Y de cada lector un espejo único. Por eso, porque cada lectura es una co-creación en la sintonía entre autor y lector, decidí finalmente escoger no un texto sino cuatro. Vaya con ello mi homenaje a la excepcional aventura de dos mujeres: la narradora Andrea Abreu y su mentora y editora Sabina Urraca.

Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier

## Podría ser yo

ANTONIO RUIZ GARCÍA  
(Grado de Filología Hispánica, Universidad de Cádiz)  
antonio.ruizgarcia@alum.uca.es

*Panza de Burro* se ha convertido en uno de los fenómenos literarios del año 2020 tras su publicación en junio. El libro de la joven autora tinerfeña Andrea Abreu no solo ha sido un éxito en España sino que ha traspasado fronteras. De la mano de Editorial Barrett el lector se sumerge en un mundo de 176 páginas que no le dejará indiferente. Mención especial merece la editora de la obra, Sabina Urraca.

Podría ser yo: así resumiría mi experiencia al leer este libro centrado en las vivencias de dos niñas de 10 años de edad, que narra las vivencias y dilemas que se le plantean a cualquier niño que ve llegar su adolescencia de golpe y porrazo. El sexo, la regla, las drogas y otras muchas experiencias que aniquilan la inocencia de la niñez hacen a la narradora de la novela cuestionarse todo aquello que hasta entonces era incuestionable.

A través de una magnífica descripción del norte de la isla tinerfeña –cualquiera que haya visitado la isla coincidirá conmigo–, Abreu relaciona ese clima nuboso y apático de esta zona de la isla con el cambio de la niñez a la adolescencia y de jugar con las muñecas a utilizar el *mésinye* para ligar con los chicos. No obstante, no es esa la única demostración que la autora realiza de sus dotes literarias, sino que el lector tendrá la oportunidad de adentrarse en la mente de una niña de diez años, como si de un libro de James Joyce se tratase. Claro ejemplo de ello son las *güertas*, el *sinson* y los movimientos en *sisá* que la narradora hacía al bajar las empinadas cuestas de El Paso del Burro. Todas estas y otras muchas otras palabras dan muestra de esa oralidad del pueblo de la narradora que se insertan en el texto como si de palabras que uno pudiese encontrar en el diccionario se trataran. Además de este vocabulario tan novedoso y atrevido que Abreu introduce, se servirá de este para dar entrada al humor, y es que no se puede entender la niñez sin esa inocencia y a la vez picardía de quien por ejemplo empieza a aprender palabras de otro idioma. Por ello, *bitch* es la palabra utilizada por Isora para nombrar a su abuela o *shit* para referirse a la narradora.

Los cortos capítulos hacen que la narración se convierta en la rápida sucesión de recuerdos de la narradora, como si estuviésemos viendo una serie en la que cada capítulo presenta un nuevo desafío para los personajes principales. Esa niñez hace que ante experiencias nuevas surjan emociones nuevas, por lo que muchos de los capítulos serán una acumulación de pensamientos que no dan lugar a las comas y los puntos, ya que sería difícil ordenar lo que una niña de diez años piensa. Es por eso que la figura de la editora del texto y autora del prólogo, Sabina Urraca, es de vital importancia para entender *Panza de Burro*. En el prólogo nos dice: “No pongamos glosario. ¡No pongamos glosario! Andrea estuvo de acuerdo. Sentí que estábamos reivindicando con la naturalidad de Rita Indiana o Cortázar o quien sea, clamando por que la literatura sea un fluido que se cuele en el cerebro de forma compacta, sin detenerse en un eventual tropezón lingüístico. Que se lea como se escucha una canción, una canción en un idioma extraño que el cerebro, a fuerza de escucharla, vaya desentrañando. Además, casi nadie quiere viajar a un lugar donde lo entienda todo perfectamente” (Abreu, 2020: 17). Por lo tanto, me voy a permitir el lujo de decir lo que Isora le diría a la RAE: *foc yu bitch!*

Otro de los elementos que han conseguido que los lectores se emocionen e involucren en la historia es la figura de la narradora. Digo ‘la narrara’ porque no sabemos su nombre, solo conocemos que su mejor amiga se refiera a ella como *shit* (mierda en inglés). El nombre de quien narra la historia importa poco: como dije antes, podría ser yo mismo. Podrías ser tú. La narradora puede ser cualquier niña del mundo. La narradora podría ser cualquier niño del mundo, exceptuando obviamente temas como la regla. El explorar nuestro cuerpo, saber cómo se hacen los bebés, enamorarse de alguien, saber que hay personas que se drogan, comenzar a tener vello púbico, estar en desacuerdo con los mayores y otras experiencias que aparecen en el libro no pueden ser delimitadas a una niña del norte de Tenerife ni a un niño del sur de Inglaterra. De ahí que quien nos cuenta la historia pueda ser cualquier niño o niña del mundo, motivo que explica el éxito que el libro ha tenido no solo en territorio nacional sino en el mundo entero.

Unida a esta niñez se encuentra también la inocencia de la narradora, que se verá contrapuesta a la de su amiga Isora, quien parece ser que ha dejado de ser una niña y ha pasado a ser una adolescente. Isora es quien lleva la voz cantante, quien en su casi adolescencia conoce o se atreve a hacer lo que la narradora teme. Es por esto que quien nos cuenta la historia se encuentra en terreno de nadie, con una sensación extraña. Esto el lector lo verá no solo a través de lo que se dice en la novela, sino también a través de esa forma de escribir anteriormente mencionada.

No obstante, aunque acabo de comentar que los protagonistas de la novela podrían ser cualquier niño o niña del planeta, sería un grave error obviar que la historia tiene un fuerte componente femenino. Estoy seguro de que Abreu tenía en mente mientras escribía el libro el actual debate feminista que poco a poco va ocupando más visibilidad dentro de un mundo que siempre ha estado caracterizado por estar escrito por y para hombres, y ha tenido las agallas de denunciar no el machismo que pueden sufrir las mujeres, sino el que sufren las niñas. Las protagonistas son conscientes del canon de belleza que deben seguir desde pequeñas, reforzado a través de series que dirigidas a los adolescentes de la época; las muñecas siempre serán para las niñas, el balón para los niños, y la sumisión femenina a la voluntad de un hombre puede vislumbrarse desde la niñez, dando lugar a violaciones inconscientes.

*Panza de Burro* es un libro diferente porque de una manera muy natural y sencilla Andrea Abreu ha retratado a la perfección una etapa de la vida que suele ser idealizada. Lejos de los tópicos, la joven autora tinerfeña da paso a un realismo que durante un capítulo puede ser tierno y durante el siguiente aterrador y preocupante. Considerando todo lo expuesto, me dirijo a ti, lector, para decirte que estás perdiendo el tiempo leyendo esta reseña. Lo que debes hacer es salir de tu casa para llegarte a la librería más cercana y decirle a tu librero de confianza que es hora de *Panza de Burro*.

## *Panza de Burro o una generación entera*

MÓNICA GALINDO GONZÁLEZ  
(Grado en Filología Hispánica, Universidad de Cádiz)  
moni.galindogonzalez@alum.uca.es

No sé si hice bien o no. Antes de comenzar *Panza de burro* por los capítulos pertinentes, me detuve a inspeccionarlo todo: a extrañarme ante la portada, a curiosear sobre Andrea Abreu, a tratar de adelantarme al contenido del libro... Y de esta manera, así como sedienta, queriendo descifrar ya de ya cómo iba a ser, me leí de arriba abajo el prólogo de Sabina Urraca. Imposible no conmoverse con ese relato tan íntimo de su primera experiencia como editora; los entramados de la obra aparecen descritos con el mismo cariño y ternura con la que un progenitor habla del nacimiento de su hijo. Sin embargo, también brotaron en mí sentimientos encontrados debido a que, de repente, en vez de partir de cero, iba a adentrarme en este artefacto literario con unas expectativas muy altas sobre su frescura y excepcionalidad. Temí que todas estas chispas iniciales llevaran a que el texto me causara rechazo. Pero ahora releo sus palabras y pienso, desde las mías más primitivas, *dio qué guapo illoo era to verdad estoy to de acuerdo*.

Andrea Abreu ha escrito una novela que contiene el testimonio vívido de toda una generación. Todas las imágenes que describe las conservamos tanto en fotografías cuya calidad es dudosa como en vídeos grabados en VHS y en cinta. *Panza de burro* refleja la infancia de aquellos que nacimos a finales de los 90, con un pie pateando un balón y raspándonos las rodillas, y con otro en la decisión de elegir entre los iniciales del Pokémon Rubí y Zafiro. Por tanto, de estas páginas se desprende una familiaridad brutal siempre que vemos a Isora y a la protagonista alternando los juegos de toda la vida con aquellos cuyas raíces residían en las nuevas tecnologías y el recién descubierto Internet. Así, en unos capítulos las encontramos en la naturaleza autóctona del Paso del Burro jugando a las Barbies y a las casitas, pero en otros en ese mundo digital abierto protagonizado por la Gameboy y el Messenger. La sensación de contraste es la misma que yo vivía cuando, tras terminar de jugar a tirar la lata, uno de mis amigos aparecía con un MP3 o un nuevo cartucho de la Nintendo: se trata de un universo híbrido que, además, ya no es actual, sino que reside en esa franja de tiempo que se desconoce si pertenece realmente a la generación Y, los *millennials*, o a la Z (y ya tendríamos que ir volviendo al principio del abecedario).

Las consecuencias de esta mezcla son tanto positivas como negativas, y en este libro aparecen expuestas de una forma muy acertada. Isora se muestra con una conciencia sobre su imagen corporal muy presente, y continuamente desensibilizada ante asuntos de contenido sexual, por lo que esta niña de diez años vive en una especie de adolescencia adelantada. A esa edad sabe provocarse el vómito para no engordar, qué puedes esperarte en un chat anónimo cuando un hombre te pone la webcam, y que los chicos del centro cultural fuman porros, mientras que a la protagonista le sucede lo contrario: teme que su inocencia acabe aburriendo a su amiga por “su cabeza asintiendo y su boca cerrándose”. Si de pequeños no hemos sido como Isora y no hemos cometido

las mismas locuras que ella, probablemente nos suene haber conocido alguna niña con una fama similar a la de ella, pues su perfil es fácilmente reconocible.

Esa rebeldía y exposición tempranas da lugar a que la narradora sienta una admiración hacia su compañera que acaba traducándose en una atracción y sentimientos que no sabe identificar hasta bien entrado el final. A pesar del deseo que siente hacia a ella en un capítulo tan vertiginoso como el de “comerme a isora”, a lo largo de la obra se repite que no son amigas “de las que se daban abrazos y besos”, entre la lástima que esto le produce y el desconocimiento que siente hacia su sexualidad. Sin embargo, esto último también aparece de manera natural y genuina: mientras personajes como Juanita Banana son castigados por mostrar su verdadera naturaleza, estas niñas descubren su cuerpo y experiencias como la de “estregarse” simplemente por curiosar sobre ellas mismas, pues tienen la suerte de no a formar parte un ambiente familiar que las coarte en ese apartado de su crecimiento.

El conflicto emocional de la protagonista también se traslada a Isora cuando en “Edwin Rivera” se va con un niño dejándola de lado, tras haber estado celosa de Saray en el capítulo anterior por haberlas visto jugando juntas. Precisamente, aquí comprobamos que Isora no es la única desensibilizada: los niños Ayoze y Mencey también adoptan comportamientos del mundo adulto que acaban trasladándose a relaciones sexuales no consentidas ni deseadas, por culpa, en primer lugar, de no saber ni haber recibido una educación mínima sobre en qué consiste el sexo fuera de la pornografía. Finalmente, la protagonista es quien trata de mantener el equilibrio entre ese mejunje de experiencias aceleradas que proporciona Internet y el cuadro natural y único que se desprende del Paso del Burro.

Esta obra, además de ser un espejo generacional, es una crónica de la vida y cultura canarias. Aparecen fiestas tradicionales como la Candelaria, la gastronomía propia de las islas con sus piñas asadas y sus mojos, y muchas palabras cuyo significado a primera vista desconocemos, todo reflejado en diálogos directos en los que la narradora deja paso al habla de los personajes tal y como sale de sus bocas. Aunque esto pueda producir que algunos lectores se sientan extraños a ese mundo, en mi caso el estilo me ha resultado auténticamente cercano y contagioso porque, como andaluza, reconozco en todas las pinceladas locales aquellas que equivalen a las mías. De esta manera, este libro no recurre a ningún estereotipo, sino que expande nuestra visión sobre las islas y nos hace comprender que un barrio canario, además de tener su riqueza léxica y desenvoltura únicas, también comparte muchos rasgos con otras barriadas de la península, sobre todo de aquellas en las que el espacio de juego consistía en una carretera en la que había que vigilar que los vehículos no nos cortaran mucho la diversión.

Entre estos elementos diferenciadores aparecen otros que unifican a esta generación en un código lingüístico que ya se encuentra extinto: el lenguaje del Messenger. El capítulo de “voy a aserte caricias” consiste en un álbum de recuerdos que recopila todos aquellos nicks y estados que solíamos escribir con faltas de ortografía, mezclando mayúsculas y minúsculas y añadiendo haches al final de las palabras. Años después, esta forma de expresión se trasladó a redes como el Tuenti, en el que continuó innovando con un propio vocabulario como el “Nose Nose”, que sirvió para ocultar los apellidos a la hora de tener que introducir nuestro nombre completo. Ese “ola k tal” con el que Isora abre chat lo hemos escrito todos alguna vez, y también, como le ocurre a la protagonista,

hemos sentido ese mismo miedo a hablar con desconocidos, independientemente de que les viéramos las caras o no.

Este libro, en fin, no solo es muy ilustrativo de un cuadro generacional sino que además es divertidísimo. Los personajes exponen unos pensamientos y ocurrencias ante los que la única reacción posible es la risa, desde el humor o desde la perplejidad que produce la ruptura de las expectativas. Además de contar con dos capítulos en los que el estilo cambia radicalmente, Isora está hecha de manera que uno nunca sabe en qué lío va a meterse, ya sea vendiendo trastos o haciendo guarradas en una caja de regalices. Todo esto aparece intercalado con pasajes muy simbólicos, enraizados con la naturaleza de la isla y su *vulcán*, en los que la Isora “abrutada” no encuentra consuelo ni en su amiga y se lamenta por la vida como si la hubiera vivido durante mucho más de diez años. De esta manera, *Panza de burro* logra rescatar muchas emociones pasadas cuando recordamos esa infancia híbrida, pero también nos hace reflexionar sobre cómo las siguientes generaciones se enfrentarán a los problemas de la era digital, a la pérdida fugaz de la inocencia y a muchas otras cuestiones que siguen surgiendo igualmente a esa brusca velocidad vertiginosa por la que corren las redes.

## comerme a abreu

**JAIRO ÍÑIGUEZ CAMPOS**

*(Grado en Filología Hispánica, Universidad de Cádiz)*

[jairo.iniguezcampos@alum.uca.es](mailto:jairo.iniguezcampos@alum.uca.es)

*Panza de burro* llegó a mis manos para hacer un trabajo de clase. Fue una lectura forzada, impuesta, nada más lejos de lo que suelo sucederme normalmente con los libros que leo, que llegan a mí con gusto y deseo. Conocí a Andrea Abreu, su autora, casi por obligación, por cortesía hacia la profesora que mandó realizar el trabajo. Por la sinopsis y la introducción de su obra, pensaba que no iba a caerme bien, como cuando de pequeño tus padres te llevaban a una fiesta y te presentaban al hijo de unos amigos que tú sabes de antemano que no va a gustarte. Sin embargo, lo que no me esperaba es que Abreu fuera a sorprenderme de tan grata manera.

Devoré las casi doscientas páginas que componen el libro en tan solo dos días (la universidad y la presentación del Trabajo de Fin de Grado me impidieron hacerlo en uno). Descubrir a Abreu fue toda una experiencia, como supongo que lo fue para su editora, Sabina Urraca, y para su editorial, la Editorial Barrett, que no dudaron en publicar a Abreu a pesar de no haber lanzado antes al mercado ninguna otra novela. La singularidad de su escritura y la elección de la trama aportan al actual panorama literario español, anquilosado en novelas históricas y de suspense, un soplo de aire no fresco, sino «tropical», como los que soplan en las Canarias.

A priori, la novela parece difícil de encuadrar. ¿Estamos ante una obra regional, que trata de describir la vida de las gentes sencillas de las islas Canarias? ¿Ante una novela

adulta que trata de explicar a los jóvenes los cambios de la adolescencia, o ante una novela juvenil que pretende recordarnos a los adultos cómo vivimos nuestra pubertad? ¿Habla del amor, de la amistad, de la pobreza, de los miedos adolescentes? ¿Una mezcla de todo, tal vez? La trama es bastante más sencilla: narra el verano de dos amigas adolescentes en un pueblo del norte de Tenerife, cercano al Teide. La narradora no es la protagonista principal, ni siquiera se menciona su nombre en la obra. Su mejor amiga, la verdadera protagonista, la llama siempre *shit*.

Isora es el eje central de toda la novela. Abreu abre y cierra la obra con ella; Isora no desaparece de la mente de la narradora en ninguna de sus páginas. Se la describe como una chica abierta y extrovertida, orgullosa y algo soberbia, bastante manipuladora. Deben hacerse las cosas siempre cuando y como ella quiera. Shit, la narradora, no puede ser más distinta de ella: es tímida, callada y muy sumisa. Admira tanto a su mejor amiga que su amistad cae varias veces en una veneración rayana en el fanatismo religioso; Isora es para ella como una diosa a la que debe devoción constante (apunar aquí el mote con el que la llama Isora: *shit*, ‘mierda’ para aquellos que estén más perdidos en el inglés). El resto de personajes son gente sencilla, modesta, cotidiana, como los que te cruzas todos los días al ir paseando por la calle, desde la abuela que se encarga siempre de sus nietos hasta los chiquillos que juegan al fútbol en cualquier descampado.

*Panza de burro* es un libro que trata de la adolescencia. Es lo primero que diría si alguien me preguntase por él. La historia, quizá con tintes autobiográficos, narra los miedos y las inseguridades que atenazan a cualquier niño que pasa a la edad adulta. Es un intento de explicación de la confusión de esa época de nuestra vida, de la caótica vorágine que supone el pasar de jugar un día con muñecos o con videoconsolas a experimentar los primeros cambios y deseos sexuales en nuestro cuerpo. Es el pasar de no preocuparnos de nada en absoluto a estar pendientes de nuestra apariencia, nuestros gustos, nuestras relaciones personales. Es el temor al rechazo, a la soledad, a la incompreensión. Es todo y nada a la vez: envidia celos alegría dolor amor amistad temor esperanza llanto risa gemido cambio...

El acierto de la autora radica en el hecho de que trata todos estos temas desde el punto de vista de una adolescente insegura, desde un personaje bastante real y conseguido. Explicar un tema tan complejo como el paso de la niñez a la adultez resulta hartamente complicado, más si queremos que sean los propios adolescentes los que se interesen por libros como estos. La literatura debe modernizarse, adaptarse a sus gustos, volverse *millennial*, si se quiere, para que los jóvenes comiencen a fijarse en ella.

El estilo de Abreu, tan novedoso, tan rompedor, ayuda a conseguir el objetivo propuesto. El uso de vocablos modernos, de palabras transcritas directamente del inglés, incluso de la falta de signos ortográficos en los momentos en que nos introducimos directamente en la febril mente adolescente de Shit, atrae la atención del lector joven (y no tan joven). Este estilo también se advierte en el lenguaje empleado, con particularidades lingüísticas procedentes del dialecto canario. Se aprecia el intenso cariño que guarda la escritora por su tierra natal, que la lleva a veces a escribir pasajes costumbristas en su novela. Esto lleva a veces a ralentizar el ritmo de la trama principal, pero la dota de belleza y encanto. La nueva literatura nace con todo esto: lo viejo se une a lo nuevo para atraer a los lectores contemporáneos.

¿Recomendaría la lectura de *Panza de burro*? Por supuesto que sí. Cualquier lector que se haga con él, ya sea adolescente o adulto, no quedará indiferente ante su lectura. Los más jóvenes aprenderán que es normal sentirse como se sienten en una época de

cambios tan drásticos y trascendentales. Los más mayores recordarán con cariño cómo era la vida en la pubertad y lo importante que fue esa etapa para determinar las personas que somos ahora. Pero todos, sin excepción, serán conscientes de que una nueva promesa literaria ha nacido en España cuando el libro les atrape y no tengan otro afán que no sea «comerse a abreu».

## *Panza de burro*

**BELÉN CUEVAS PALACIOS**  
(*Grado de Filología Hispánica, Universidad de Cádiz*)  
**belen.cuevaspala@alum.uca.es**

Parece que el 2020 no solo iba a aportarnos situaciones desconcertantes y dramáticas. En este año, *Panza de burro*, que es la primera novela Andrea Abreu (1995), se ha editado y revelado como una obra tan extraña como conmovedora. Lo que empezó siendo un trabajo más de clase se ha convertido en una pieza elemental en mi biblioteca.

Desde pequeña me ha encantado adentrarme en lugares extraños, explorar el campo y la naturaleza. Siempre me ha gustado viajar y conocer a cada paso nuevos lugares, aires, gentes... Siempre he sentido una gran fascinación por descubrir, por vivir experiencias nuevas, pero jamás he sentido esa misma fascinación mientras leía un libro.

Al principio puede parecer una historia tierna y entrañable, que cuenta las aventuras de dos niñas de diez años. Son mejores amigas, y juntas van descubriendo, poco a poco, sus vidas. Pero a medida que iba leyendo, estaba descubriendo algo extraño pero maravilloso, inquietante pero fidedigno, algo de lo que me atrevería a decir que es incluso monstruoso, pero tremendamente real.

La narradora es una de las niñas, cuyo nombre no se conoce nunca, y esto tiene bastante relación con ella misma. No es ninguna historia infantil ni inocente, aunque parezca lo contrario. Probablemente haya sido una de las novelas más descarnadas y crudas que haya leído en mucho tiempo. Para mí, leer esta historia ha supuesto una catarsis emocional en cuanto a mi niñez. Al haber nacido en el mismo año que la autora, he tenido el privilegio de transportarme a mi infancia, y revivir, ahora de manera distinta, muchos episodios que allí sucedieron. Leer *Panza de burro* significa sumergirte de lleno en la tierra canaria, con su cielo gris y bajo, su calima, el habla canaria atropellada, sus paisajes volcánicos, y todos estos elementos guardan una estrecha relación con la historia, con sus personajes, con cómo se relacionan entre ellos. Esto es lo que más me gusta de esta novela, ya que su autora, con “su pulso poético y falta total de miedo”, como dice la editora de la novela Sabina Urraca, consigue revelarnos como nunca se habían descrito antes desde el más profundo de los sentimientos hasta la escena más cotidiana y ordinaria. En esto radica la grandeza de la obra: es asombroso que, partiendo de una trama que apenas tiene complejidad, consigue emocionar. También nos permite respirar ese aire, esa calima que se te mete por la nariz y te impide respirar, ver ese cielo siempre gris. Te transporta a la misma tierra, y aunque me he encontrado con muchas

palabras que no entendía, no las buscaba en Internet, seguía leyendo porque así es como debería vivirse todo, pasar sin miedo ni incertidumbre hacia lo desconocido, estar en el momento presente de la obra, tal y como la autora quiere, tal y como la obra, que parece tener vida propia, se esfuerza en transmitir. De hecho, como explica Sabina Urraca en su prólogo, ella y la autora acordaron no incluir glosario, para que nos adentremos con los ojos cerrados, como cuando escuchas una canción, que no te paras a entender cada palabra que suena, o como cuando nadamos mar adentro, que no sabes a dónde vas, ni qué esconden las profundidades del océano.

Nunca me han llamado demasiado la atención los volcanes, pero ahora se han convertido en mi estructura geológica favorita. No os imagináis la de significados que puede tener un volcán, casi tantos como cada intervención que se aprecia en la obra. No os mentiré, en muchas ocasiones he leído fragmentos tan crudos como puede ser un matadero, escenas extrañas, abrumadoras, incluso aterradoras. Pero pensándolo, ¿no es la misma vida igual de desconcertante y abrumadora? Durante la infancia, vamos ciegos. Estas niñas andan ciegas, cada una a su manera, y desde la inocencia. La narradora describe con sus palabras y con la competencia que sus pocos años le permiten, nos relata de manera entrañable todo lo que le sucede.

En un primer momento, he podido discrepar acerca de la evolución de la trama, ya que hay muchos enigmas, que provienen de los episodios más oscuros, salvajes y primitivos, los que más morbo suscitan, que quedan sin resolver; nunca se vuelve a ello. Pero cuando terminé de leerla, lo comprendí. Como he comentado anteriormente, cuando nacemos salimos del vientre de nuestra madre llorando, quizá porque llegamos a un mundo nuevo, desconocido. Lo mismo ocurre cuando avanza la vida, porque nadie nos da un manual de instrucciones. En la infancia de estas dos niñas, que viven rodeadas de precariedad, deben enfrentarse a veces a situaciones que en ese momento no saben manejar, simplemente lo hacen lo mejor que pueden, lo intentan gestionar con los escasos recursos que les proporcionan. Estoy segura de que muchos de nosotros también tenemos episodios sin resolver, y ya no sólo en nuestra infancia, sino toda la vida, en ese camino de aprendizaje continuo.

Algo así sucede mientras se avanza en la lectura de esta novela, nunca dejas de hacer nuevos descubrimientos. Nunca dejas sorprenderte con los acontecimientos, nunca dejas de conocer del todo a los personajes, es más, cuando acabé de leer tuve la sensación de no haber conocido a las niñas del todo. Mi experiencia ha sido similar a la de ir a un combate de boxeo, recibir golpes de realidad continuamente, ha sido como gritar al borde de un precipicio, como cuando te despiertas abruptamente de un sueño que aún no había concluido.

En definitiva, esta novela ha significado para mí saltar al vacío, ya que en ningún momento me había podido imaginar lo que se me venía encima, y lo expreso así porque desde que lo terminé, ha quedado de alguna forma impregnada en mi mente, ha calado en mí de la misma forma que en estas niñas el aire denso, la calima, el olor a sangre y a “pepe”, y encandilada con la manera en que se cuenta esta historia, tan exquisita, tan agresiva, tan precisa, valiente, y admirable manera de narrar.

Creo que mi admiración por esta obra proviene, como he comentado antes, de mi identificación; me reconozco en esta amistad. Una amistad pueril, llena de dependencia, de enamoramiento. En como sufre la narradora por «cómo ella sabía tantas cosas que yo no sabía y entonces me ponía triste porque pensaba que yo no tenía tristeza propia, que mi tristeza era la de ella pero dentro de mi cuerpo, una tristeza como de imitación...».

La joven narradora, en sus intentos frustrados de determinación, comienza a descubrir que tiene su propia identidad, que fuera de su amistad con Isora existe una niña, con sus propios pensamientos, miedos, anhelos, y aspiraciones. Siente que es absorbida, o se absorbe ella misma porque al mismo tiempo no puede dejar de estar con Isora, descubrir nuevas experiencias y vivir aventuras junto a ella. Sabe que para muchas cosas no está preparada, en ocasiones no quiere hacerlo y se deja arrastrar. Esta historia me hecho reflexionar acerca de quiénes somos en realidad, quiénes son nuestros referentes, a quiénes queremos contentar, ¿somos seres independientes con personalidad y criterio propio? ¿o en cambio somos reflejos de las cenizas de nuestro pasado? ¿somos como somos por nuestro yo interno, o reminiscencias de alguien a quien queríamos parecernos?

